

Martín Lutero

Obras reunidas 2  
El siervo albedrío y otros escritos polémicos

Edición de Gabriel Tomás

Colección  
*Torre del Aire*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



© Editorial Trotta, S.A., Madrid, 2019

© Gabriel Tomás López, edición y estudio introductorio, 2019

Ilustración de cubierta: Lucas Cranach el Viejo, Retrato de Martín Lutero (1529)  
(Gota, Stiftung Schloss Friedenstein)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN (Obra completa): 978-84-9879-714-5

ISBN (volumen 2): 978-84-9879-783-1

Depósito Legal: M-29324-2019

Impreso en España

[www.trotta.es](http://www.trotta.es)

Espacio reservado  
para sello FSC

## ÍNDICE

<i>Introducción. Lutero polemista</i> .....	9
I. <i>El siervo albedrío</i> (1525) .....	19
II. <i>Sobre el papado de Roma, contra el famosísimo romanista de Leipzig</i> (1520) .....	27
III. <i>Contra Hanswurst</i> (1541) .....	32
<i>Abreviaturas</i> .....	39
<i>Bibliografía consultada</i> .....	41
EL SIERVO ALBEDRÍO (1525) [ <i>De servo arbitrio</i> ] .....	47
Primera Parte. Crítica al prefacio de Erasmo ( <i>Diatriba</i> I, A 1-I, A 11)	53
Segunda Parte. Refutación de la introducción de Erasmo ( <i>Diatriba</i> I, B I-I, B 8) .....	93
Tercera Parte. El libre albedrío y la existencia cristiana. Refutación de los argumentos en favor del libre albedrío ( <i>Diatriba</i> I, B-II, B 8)	119
Cuarta Parte. Argumentos contra el libre albedrío .....	169
Quinta Parte. La doctrina bíblica del siervo albedrío .....	243
Conclusión .....	283
SOBRE EL PAPADO DE ROMA, CONTRA EL FAMOSÍSIMO ROMANISTA DE LEIPZIG (1520) [ <i>Vom dem Bapstum zu Rome, widder den hochberumpten Romanisten zu Leiptzck</i> ] por el doctor Martín Lutero, monje agustino .....	287
CONTRA HANSWURST (1541) [ <i>Wider Hans Worst</i> ] .....	331
<i>Índice de citas bíblicas</i> .....	397
<i>Glosario onomástico</i> .....	403
<i>Índice de santos, personajes bíblicos y mitológicos</i> .....	417

## Introducción

### LUTERO POLEMISTA

«He nacido para tener que guerrear con facciosos y diablos, y para batirme en campo abierto. Por eso mis libros son muy tempestuosos y belicosos. Tengo que arrancar raíces y tocones, despejar setos y zarzales, terraplenar las ciénagas. Soy el rudo montañero que tiene que abrir el camino y dejarlo expedito»

(WA 30 II, 68, 12-16)

En este segundo volumen de la colección de las *Obras reunidas* de Martín Lutero, hemos recogido tres de sus obras, en apariencia dispares (tanto por su contenido como por su extensión), pero que tienen en común el hecho de que todas ellas son respuesta a otros tantos escritos en los que se atacaba directamente las ideas e incluso la persona del reformador. Son, por tanto, escritos polémicos, bien representativos de las tres etapas en las que se suele dividir la vida y la obra del profesor de Wittenberg. Una primera de protesta y ruptura con la Iglesia católica, hasta 1521; una segunda fase de configuración y definición de la Reforma, hasta 1531; y, finalmente, una tercera fase de preservación de la nueva Iglesia, hasta su muerte en 1546 (Brecht 1985, 1990, 1993).

La fecha de inicio de la revuelta luterana y, por tanto, del Lutero polemista, no hay duda de que es 1517. En efecto, desde el mismo instante en que Lutero hizo públicas sus 95 tesis contra las indulgencias<sup>1</sup>, se vio envuelto en una serie de polémicas en las que tuvo la necesidad imperiosa de explicar sus tesis y defenderse de las acusaciones de hereje que le lanzaban sus adversarios. Estos primeros adversarios salieron, como es natural, de las filas de la clerecía y prelatura católicas, erigiéndose en garantes de la ortodoxia doctrinal, tal como había sido recibida desde los tiempos antiguos. La polémica con Juan Eck (1486-1543) fue la primera de una larga lista, y pronto se vio que el asunto de las indul-

1. En *Disputación para determinar el valor de las indulgencias: las 95 tesis*, en MLOR 1, 37-49.

gencias dejaba paso a uno de mucha mayor envergadura: la autoridad del papa y de los concilios. Esto era, en definitiva, lo que Lutero había puesto en entredicho al criticar la eficacia de unas indulgencias que eran concedidas por el propio pontífice. El asunto tomó un cariz serio, a Lutero se le abrió un proceso en Roma y las consecuencias de todo ello podían llegar a ser gravísimas en lo personal. No obstante, el agustino no se amilanó y siguió defendiendo sus puntos de vista en toda clase de escritos. Prierias, Emser y otros tomaron el relevo de Eck en la defensa del papado como institución divina e infalible, mientras que Lutero cada vez veía más claro que el papa era el Anticristo preconizado por las Escrituras. No hubo acuerdo posible y este fue un aspecto determinante en la ruptura definitiva con Roma. Precisamente, el *odium papae* del que Lutero hizo gala a partir de entonces proviene de aquellos primeros años de dura lucha. Es, en el marco de esta polémica, donde cabe situar la obra que hemos incluido en segundo lugar en este volumen y que lleva el significativo título de *Sobre el papado de Roma* (1520). En este caso, enfrente tuvo a un clérigo menor, el monje del monasterio franciscano de Leipzig, Agustín de Alveldt (ca. 1480-ca. 1535), y la discusión giró en torno a si el papado tenía o no un carácter divino. El «descalzo» lo defendió en dos opúsculos y el agustino lo refutó «con la Biblia en la mano». Además, a esta etapa también pertenecen los grandes tratados reformatorios de aquel *annus mirabilis* con los cuales el agustino se granjeó el respaldo de amplios estratos de la población alemana de su tiempo: *A la nobleza cristiana de la nación alemana, sobre la mejora del estado cristiano, La cautividad babilónica de la Iglesia y Carta a León X. Tratado sobre la libertad cristiana*<sup>2</sup>. En todos ellos late el deseo de vencer y ganar adeptos para la causa.

De regreso a Wittenberg, después de su estancia forzada en la fortaleza de Wartburg, Lutero inicia una ardua tarea de construcción de la nueva Iglesia. El compromiso con los «papistas» se antoja cada día más lejano. Comienza así lo que podríamos llamar un período transitorio, en el que lo fundamental será asentar las bases de lo que Lucien Febvre, en su magistral biografía del reformador, bautizó como «una nueva manera de pensar, de sentir y de practicar el cristianismo»<sup>3</sup>. El año de 1525 marca un hito en esta segunda etapa y supone, en el devenir de la reforma encabezada por Lutero, un año de rupturas. La nueva ortodoxia se impone y crea sus propios disidentes. En efecto, a medida que la Reforma se fue afianzando territorialmente y definiendo sus principios doctrinales, *Herr Doktor* se vio obligado a responder también a aquellos adversarios surgidos de las propias filas del movimiento evangélico,

2. *Ibid.*, pp. 151-219, 219-309 y 331-371, respectivamente.

3. Lucien Febvre, *Martín Lutero: un destino*, FCE, México, 1992 (1994), p. 11.

de lo que se conoce como el «ala izquierda de la Reforma» o «Reforma radical» (Williams 1983), a los que Lutero denominaba despectivamente *Schwärmer* («fanáticos»): anabaptistas (Münzer, Karlstadt), sacramentarios (Zwinglio, Ecolampadio) y espiritualistas (Schwenckfeld). Con todos ellos mantuvo polémicas más o menos agrias en torno a importantes puntos doctrinales, como lo fue aquella en la que se trató la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en el sacramento de la eucaristía. Lutero defendió sus posiciones ante los reformadores suizos y del sur de Alemania y no cedió ni un milímetro. Ni el coloquio de Marburgo (1529) sirvió para unificar criterios sobre esta cuestión. Asimismo, 1525 es el año de la guerra de los Campesinos, cuyo sangriento desenlace provocó la desafección de buena parte de la población del mediodía alemán con respecto a los postulados luteranos; y es el año también de la definitiva ruptura con el humanismo que entonces representaba Erasmo de Róterdam. Hasta ese año, la relación de ambos personajes había sido, cuando menos, tortuosa. En efecto, casi siempre por medio de amigos comunes, durante años se estuvieron enviando mensajes de desaprobación y serios reproches en uno y otro sentido, que no hacían sino alimentar un conflicto que en cualquier momento podía aflorar. Finalmente, presionado por amigos y patronos, Erasmo tomó la pluma y lanzó su ataque al corazón mismo de la doctrina luterana: el hombre coopera con Dios, tiene libertad para decidir qué hacer con su vida y puede salvarse si se lo propone. *Das ist zu viel!* [¡Ya basta!] —tronará el reformador—. Al libre albedrío erasmiano, Lutero opone su *Siervo albedrío*, que aquí presentamos en un lugar de preferencia por ser una de sus mejores obras. En el fragor de la batalla, Lutero se muestra exultante, rebate punto por punto a su adversario y aún le queda tiempo para dar una lección magistral de exégesis bíblica en relación con algunos pasajes de sus queridos Pablo y Juan Evangelista; una vez apagados los ecos de la polémica, algo había quedado claro y los creyentes sabían a quién seguir: «la fe era más poderosa que la erudición». A partir de entonces, en sus polémicas, ya no tratará de convencer a los «otros», sino que se dirigirá únicamente a los suyos, para reafirmarlos en la fe evangélica.

Después de la dieta de Augsburgo (1530), el movimiento evangélico se institucionaliza; allí donde domina políticamente el territorio se vuelve religión oficial bajo el amparo de los príncipes, que pasan a ser, con la aquiescencia de Lutero, los auténticos jefes de las distintas iglesias locales. En 1531 nace la Liga de Esmalcalda, una alianza de carácter político-militar formada por los príncipes protestantes para defenderse de la amenaza militar que suponía para ellos el emperador y sus aliados. Pero la liga, sintiéndose fuerte, también ejercerá un papel de apoyo directo a la causa luterana dentro del Imperio y se proyectará fuera

de sus fronteras, siendo un actor más de la política exterior de aquellos años al firmar tratados y alianzas con los enemigos del emperador. Felipe de Hesse y Juan de Sajonia (a partir de 1532, Juan Federico) eran sus cabezas visibles, y Lutero su mejor publicista. En efecto, la vertiente política cada vez se encontrará más presente en los escritos polémicos del reformador y, en ocasiones, incluso por encima de los asuntos meramente religiosos. De este período son sus escritos justificando el derecho a la resistencia activa frente al emperador y las autoridades papistas por querer acabar con la Reforma (*Advertencia al querido pueblo alemán*, 1530), o deslegitimando el concilio general que quería reunir el papa, por considerarlo un instrumento ineficaz en manos del pontífice (*Los concilios y la Iglesia*, 1539). En esta misma línea también cabría entender la polémica que sostuvo con Enrique II de Braunschweig-Wolfenbüttel, que es la tercera de las obras que aquí presentamos, dado que desde el primer momento fue concebido como un panfleto propagandístico con el que se pensaba influir en el ánimo de los asistentes a la dieta de Ratisbona de aquel año. Pese a esa finalidad, *Contra Hanswurst* (1541) es destacable, sobre todo, por la contraposición que Lutero hace en él entre la Iglesia auténtica y la iglesia romana, sirviéndose para ello de un efectista razonamiento paradójico en forma de diálogo plagado de interrogaciones retóricas. Aun en sus polémicas más políticas, Lutero siempre reservaba un lugar para exponer y explicar la doctrina cristiana. ¡Ante todo era doctor en Teología!

Vemos, pues, que Lutero, desde sus inicios y a lo largo de toda su carrera como reformador, tuvo que bregar con la frontal oposición que encontró por doquier a su original propuesta religiosa. A pesar de todo, hay que reconocer que no lo hizo nada mal y que descolló en su papel de polemista, haciendo gala de unas extraordinarias dotes dialécticas y persuasivas que lo convirtieron en un temible adversario para cualquiera que quisiera medir sus fuerzas con él. Como polemista, su principal objetivo fue casi siempre el mismo: preservar la doctrina cristiana en toda su pureza frente a aquellos «otros» que la amenazaban; para él, esta era su misión sagrada y era el compromiso que había adquirido desde el mismo instante que le concedieron el birrete y el anillo de doctor en Sagradas Escrituras. Por eso, era su deber profesional responder a cualquier ataque que recibieran Dios y su Iglesia. En su cosmovisión, muy influida por aquel dualismo (ciudad de Dios/ciudad del mundo) que san Agustín había teorizado en muchos de sus escritos, aquellos «otros» (o sea, los adversarios) eran invariablemente identificados como agentes del diablo, o poseídos por él. A su entender, los ataques que sufría la Iglesia y él mismo, en su persona, no eran más que episodios de la sempiterna guerra que se libraba desde los albores del mundo entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, y de la cual la historia sagrada de

la Iglesia había dado abundantísimas muestras. Esta lectura apocalíptica de la historia fue haciéndose paulatinamente más presente en todo el pensamiento del reformador, hasta llegar al convencimiento de encontrarse a las puertas del final de los tiempos, tal como lo había profetizado san Juan en su *Revelación* (Apocalipsis). Desde esta perspectiva, se explicaba que los ataques contra la Iglesia de Dios se hubieran multiplicado: había comenzado la batalla final. Él mismo se veía como uno de los últimos profetas de la verdadera Iglesia, enfrentado a todas las fuerzas diabólicas desatadas contra ella. Ante tal panorama apocalíptico, no es de extrañar que Lutero adoptara un posicionamiento ciertamente intransigente y poco dado a llegar a acuerdos o a realizar concesiones. Antes al contrario, con el paso de los años, se acentuó la dureza de sus críticas y la visceralidad de sus embestidas, que muy a menudo iban aderezadas con el empleo de un lenguaje insultante, rayano en la vulgaridad, que ni siquiera sus más estrechos colaboradores veían con agrado. En el punto de mira de sus invectivas seguirán estando las mismas obsesiones de siempre, pero aumentadas por la amargura de unos últimos años que él vivió con trágico pesimismo, acosado por las enfermedades y golpeado por la pérdida de amigos y familiares. Así, no desaprovechó ninguna ocasión para arremeter contra el papa, los turcos, los judíos y los falsos hermanos. El obispo de Roma era el Anticristo, descrito por Pablo en la segunda carta a los Tesalonicenses y, por sus continuas blasfemias y modos sacrílegos, los obispos y cardenales debían ser conducidos al patíbulo y colgados por la lengua, como dice en *Contra el papado de Roma, fundado por el diablo* (1545). El siempre amenazante turco, instrumento de la ira de Dios para castigar a una cristiandad ingrata por haber tolerado al papado, es asimilado, en todos sus libros sobre los turcos (*Türkenbüchlein*) desde 1529, al bíblico Gog y al «pequeño cuerno» del que habla el profeta Daniel. Los judíos —pueblo maldito que sufrirá eternamente la ira de Dios por haber rechazado reconocer al Mesías— debían ser puestos a trabajar en el campo; sus libros de plegarias, incautados, sus sinagogas y escuelas, pasto de las llamas, así aconseja a las autoridades civiles en su panfleto *Sobre los judíos y sus mentiras* (1543), controvertido testamento de alguien que había escrito algunas de las páginas más inspiradoras de la religión cristiana.

Pero ¿de dónde sacaba Lutero los argumentos para atacar a sus adversarios? ¿De dónde extraía su titánica fuerza para batirse en tantos frentes a la vez? ¿Por qué se creía en posesión de la verdad? Para ello, tendríamos que retroceder unos cuantos años en la vida del reformador, contemplarlo siendo aún monje. Desde que tuvo aquella experiencia en la torre del monasterio de Wittenberg (¿a principios de 1515?), el hermano Martín ya no fue el mismo: sufrió una transformación interior, había renacido, o, como dirá un tiempo más tarde él mismo, «ha-

bía entrado por la puerta abierta de par en par al propio paraíso». Después de muchos padecimientos, acosado día y noche por todo tipo de malos pensamientos y tentaciones (*Anfechtungen*), que provocaban en él un estado de ansiedad y desesperación, había logrado, finalmente, la paz y tener una conciencia tranquila. Al escudriñar sin descanso las Escrituras, había llegado a una conclusión trascendental para él: el cristiano se salva por la «sola fe»; el hombre no hace nada, Dios lo hace todo al infundirle su gracia. Esto es lo realmente importante, un punto de inflexión en la vida del monje y la fuerza motriz de todo lo que vendría después. Esta transformación, expuesta por Pablo en algunos de sus escritos y reservada a los auténticos creyentes, le confirió al atribulado monje agustino la paz interior y, sobre todo, una gran seguridad en sus propias convicciones, a las que no pensaba renunciar bajo ningún concepto, por cuanto ya no eran de él, sino de Dios. No podía haber discrepancias en cuestiones de fe, ya que esta debía basarse en la certeza del dogma, que era la única manera de dar a los creyentes la plena seguridad de que se hallaban en el camino cierto hacia la salvación. El tema era muy serio y aquí no valía andar con especulaciones. Su denuncia de las indulgencias lo puso en el camino que le llevó a ser, contra su voluntad, un rebelde con causa. Con sus primeras polémicas, pudo advertir (no sin cierta sorpresa) que los miembros de la jerarquía eclesiástica (Eck, Prierias, por ejemplo) sostenían interpretaciones erróneas de la palabra de Dios; la razón era que no habían sido «tocados» por el texto como lo había sido él. Pero, no pensemos por ello que Lutero se veía a sí mismo como uno de aquellos alumbrados (*illuminati*) que desdeñaban la Palabra y se comportaban como si se hubieran «tragado el espíritu», al estilo de Münzer y de todos los fanáticos. En absoluto. Su dedicación a la Biblia venía de lejos y era precisamente a través de esta constante meditación en la santa Palabra como él había recibido el Espíritu divino que le confería una comprensión interna del *Verbo* encerrado en el texto. Se jactaba de haber sacado la Biblia de debajo del banco para ponerla en el centro de toda su actividad teológica: «Cuando yo era joven —decía—, me acostumbré a la Biblia, la leía con mucha frecuencia y me familiaricé con el texto; llegué a conocerlo tan a la perfección, que sabía dónde se hallaba cada sentencia y adónde acudir para encontrarla si había que hablar de ella»<sup>4</sup>. Su experiencia de la torre no fue tanto un punto de partida como de llegada, corolario a tantos años de estudio y meditación en torno a las Sagradas Escrituras; como no se cansará de repetir una y otra vez: la Palabra es la vía a través de la cual Dios confiere su gracia.

4. Martín Lutero, *Obras*, edición de Teófanos Egido, Sígueme, Salamanca, 1977, pp. 443-444.